

CRONICA INTERNACIONAL

JACQUES Bainville calificaba de «pactomanía» el afán predominante en la postguerra de la primera conflagración mundial. ¿Cómo habría que calificar a las tendencias que caracterizaron a la última? Quizá con una sola palabra: *confusión general*. Confusión para plantear simultáneamente muchos grandes problemas, pero olvidando sospechosamente otros, equivocando también sospechosamente sus perspectivas —y, claro está, sus soluciones—, y, por último, añadiendo no menos sospechosamente problemas imaginarios o desproporcionados. Confusión en los organismos y reuniones internacionales. Confusión en las promesas, los compromisos y los acuerdos. Confusión en las relaciones entre las potencias. Confusión, en fin, en el mundo ultramarino, agitado por dentro y desde fuera, ni pacífico ni rebelde, ni feliz ni desgraciado, simplemente confuso a imagen y semejanza de los ejemplos que le dan América, Rusia y lo que queda de Europa. Bajo el signo de la confusión vamos a tratar de sintetizar el desarrollo de los acontecimientos más importantes para los CUADERNOS, dejando al lector el trabajo de filtrar los propósitos de los actores de la tragicomedia mundial. Pues unos son lógicos y sinceros en la confusión, no sabiendo lo que quieren o, por lo menos, el camino a seguir, mientras que otros son maestros en el arte de sembrar la confusión sin padecerla, aunque el juego se preste al contagio.

Comenzamos por el escenario prototipo de la confusión: Flushing Meadows, sede de la Asamblea General de la O. N. U. en la pasada primavera. Los «mentores del mundo» tenían ante sí cuatro problemas ultramarinos: las ex colonias italianas, los indios en Sudáfrica, Cachemira e Indonesia. Los cuatro procedían de sesiones anteriores. Los cuatro han quedado pendientes, con mayor o menor grado de avance, para definitiva solución. Veamos ahora los detalles.

Al inaugurarse las sesiones de la Asamblea, muchos delegados se enteraron con estupefacción de que no existía base de discusión sobre la suerte de las ex colonias italianas. Se habían esfumado las propuestas anteriores: la rusa de restitución y las demás de repartición. Para llenar este vacío la Delegación británica presentó un plan al Comité Político. Plan que motivó airadas protestas contra la «pérfida Albión», hasta que se divulgó que se trataba de un acuerdo entre Bevin, gestor de los presuntos beneficiarios, y Sforza, gestor de los presuntos perjudicados que no lo eran tanto. Libia sería independiente dentro de diez años, sin prejuzgar nada relativo a su unificación ni impedir que en 1959 se acordara aplazar la independencia. Entretanto seguiría dividida en tres pedazos: el oriental, Cirenaica, bajo fideicomiso inglés; el meridional, Fezzán, bajo tutela francesa; el occidental, Tripolitania, bajo fideicomiso italiano, desde 1941; hasta entonces la administraría Inglaterra, asesorada por un Consejo en el que entrarían los tres países citados, Estados Unidos, Egipto y una representación de la población local. Eritrea se dividía entre Etiopía, que recibiría más de la mitad, y el Sudán «angloegipcio», que recibiría la región occidental. Pero las ciudades de Asmara y Massaua se someterían a un Estatuto especial, tras de cuya mención no era difícil adivinar la participación angloitaliana bajo una de esas formas de confusión, tan gratas al Foreign Office lo mismo en Tánger que en Shanghai. Finalmente, Somalia se confiaría a Italia como fideicomiso, sin límite de tiempo.

Inmediatamente se alzaron voces de protesta. Rusia pedía un Consejo administrador conjunto para Libia, en el que ella interviera. Luego se contentó con solicitar la declaración de «área estratégica» de varias zonas que quedarían fiscalizadas por el Consejo de Seguridad, en el que tiene voz, voto y veto. India, consecuente con sus principios ideológicos, aunque no con sus prácticas domésticas, pidió un fideicomiso colectivo. Irak, la independencia inmediata. Egipto se opuso al plan inglés, negándose a participar en el proyectado Consejo de Tripolitania y pidiendo que se le confiara la administración de Libia bajo control colectivo. Mientras éstas y otras Delegaciones orientales se oponían a la vuelta de Italia a África, las Delegaciones hispanoamericanas, incluso las más bolchevizadas, trabajadas convenientemente por la propaganda italiana, se oponían al plan por considerarlo perjudicial para la Italia democrática

inocente de los pecados del fascismo. Se llegó en las negociaciones entre bastidores a dos compromisos: votar al plan íntegramente y retirar el voto si una parte cualquiera era rechazada. Que es lo que sucedió. El Comité Político rechazó el agrandamiento del Sudán, por 19 votos contra 16 y 21 abstenciones. Con esta modificación el Plan fué al Pleno por 34 votos a favor contra 16 y 7 abstenciones. Pero el Pleno rechazó muchos de los acuerdos contenidos: la asignación de Trípoli a Italia, por 33 votos contra 17 y 8 abstenciones (faltó un voto para los $\frac{2}{3}$ de *quorum*), y de la Somalia, por 33 votos contra 19 y 4 abstenciones. Aprobó, en cambio, la suerte asignada a Cirinaica (36 votos contra 17 y 4 abstenciones), Fezzán (36 votos contra 15 y 17 abstenciones) y Eritrea (37 votos contra 11 y 9 abstenciones), sin dar nada al Sudán; las Delegaciones hispanoamericanas se consideraron libres de compromiso y votaron al final en contra, con lo que el cierre de las sesiones llegó sin fórmula, quedando para el período otoñal la nueva consideración del asunto.

Quizá los italianos habían exagerado el valor del tiempo como aliado suyo —Sforza declaró en plena canícula que aún había muchas esperanzas de obtener «la mayoría» de las ex colonias—, y quizá habían exagerado sus dotes de maniobra. Bevin se sintió indignado, y el 2 de junio el emir Idris, de Cirinaica, proclamó en el Consejo Nacional Senussita la independencia de aquel país; gesto teatral más que novedoso, porque de hecho ya existía esa independencia bajo la protección británica. El gesto quiso indicar que Cirinaica seguiría por el camino emprendido, y tuvo diversas repercusiones. Los tripolitanos que habían emprendido una campaña de «desobediencia civil» contra sus ocupantes ingleses se negaron por boca de Beshir Saad Bey a desconocer el gesto, aunque poco más tarde una delegación corría a ofrecer al emir la corona de Trípoli, como mal preferible al del retorno de Italia. Egipto también se negó a reconocer los hechos. Pero éstos quedaron así y la nueva Transjordania africana sigue en pie sólidamente.

Sobre la disputa entre la Unión Sudafricana e India, apoyada por el Pakistán, la O. N. U. buscó una nueva fórmula dilatoria. Si el enfadar a la India podría resultar escandaloso, una actitud enérgica hacia la Unión podría provocar hasta la retirada de los sudafricanos. Por fin, Francia y México, maestros —cuando quieren— en el arte de la «composición», arbitraron la solución parecida a aquella que

se atribuye a Colón para colocar de pie a los huevos: una conferencia directa de los interesados «que tenga en cuenta» la declaración sobre los derechos humanos. Parecida fué la solución (¿) dada al enojoso y envenenado asunto de Indonesia. Armada con la promesa holandesa de suspender las hostilidades y de negociar con los republicanos, la Asamblea miraba con despego el caso. Oportunamente, el 7 de mayo, los indonesios —representados por el ex *premier* Hatta, que acababa de ser libertado por los holandeses—, y los holandeses —representados por el jefe superior Van Royan y el alto comisario Loviuk— convinieron en suspender las hostilidades y reanudar las interrumpidas conversaciones. Se fijó La Haya como sede de una Conferencia de paz, siempre sobre la base de los acuerdos de Linggadyati. Y la Comisión mediadora de la O. N. U. «tomó nota» de los acuerdos. «Oportunamente» para algunos indonesios, la muerte dispuso del general Spoor, el hombre enérgico de Holanda, y lentamente se reanudó la reinstalación de los indonesios en Yoka y la evacuación de su territorio, sin que por ello cesaran los choques entre irregulares o comunistas, holandeses e indonesios. Además, el Gobierno fantasma que los irreductibles del grupo de Sjaffuddin mantenían en las montañas de Sumatra continuó su lucha al margen de los acuerdos. Que, por otra parte, son vivamente rechazados por los federalistas de Pasudán, Java Central, Madura, Borneo y el Este, quienes, a su vez, están en pugna con los federalistas de Sumatra, que en su II Congreso piden más autonomía para su isla. Pero la O. N. U. se sintió aliviada y «tomó nota» del acuerdo, desentendiéndose del caso. También se ha desentendido del pleito de Cachemira, pendiente de la celebración de un plebiscito que vigila una Comisión enviada por ella, y de la que, por cierto, forma parte un gran amigo de España: Barón Castro, secretario salvadoreño en Madrid, que también vigiló el plebiscito en Chandernagar. Si el pleito de Cachemira no turba la vacación estival de la burocracia onunesca, en cambio, otro, no nuevo, pero sí agravado, amenaza con alterar aquella calma. Se trata de la antigua petición de Afganistán, que solicita de su vecino Pakistán la autonomía o independencia de la mayor parte de lo que fué la provincia del Noroeste, con la turbulenta zona tribal, bajo un régimen que permita a Afganistán fiscalizar o intervenir: por el estilo de lo que sucedió con el acuerdo francoturco de 1936 sobre el *sanyac* de Alejandreta. Entonces el con-

dominio francoturco, sin acuerdo con el nominal Estado soberano, Siria, degeneró en la constitución de un semi Estado, el Hatay, anexionado por Turquía en 1939. Ahora también podría crearse otro semi Estado que acabaría fundiéndose con sus vecinos afganes en un Pathanistán, en detrimento del naciente Pakistán. Por de pronto, el Gobierno de Kabul ha pedido la «mediación» de los tres grandes.

No muy lejos de Indonesia, y algo más de Cachemira, quedan otros territorios poco tranquilos, cuyas convulsiones repercuten internacionalmente. En Birmania, bien que la suerte de las armas haya vuelto a favorecer al Gobierno contra los Karen, que han constituido un Estado de Dallu a Tongó, lo desgraciado del experimento de independencia hace pensar en una revisión del Tratado anglobirmano, que instaure un régimen más parecido al de Irak que el actual. En la India francesa el referéndum efectuado por el Gobierno metropolitano en la última de las cinco «villas libres» de Mahé, Carical, Pondicherry, Janaon y Chandernagor, no ha sido favorable a la permanencia en la Unión Francesa, donde 12.000 electores contra 3.000 se han pronunciado por la incorporación a la Unión India. Chandernagor, enclave en el Ganges bengalí, famoso por ser sede de ideólogos radicales, ha acabado de modo consecuente con esta tradición por dar un salto en el vacío, pues a eso equivale el previsto traspaso de su suerte: muestra elocuente del futuro de los territorios europeos en la India, de los que uno sólo merece subsistir, Goa, donde la cultura lusitana y la sangre india se han fundido. Más lejos son Hong-Kong y Macao los que peligran ante el avance comunista chino, bien que los rojos de coleta, como los de *Knut*, se dirijan primero contra los oponentes más débiles, que no son los dueños de Hong-Kong.

En Indochina, Francia ha avanzado considerablemente hacia su ideal de montar un sistema encuadrado en la Unión Francesa. Las relaciones de Francia y el Viet-Nam se venían rigiendo por el acuerdo de la Bahía de Along (8 de junio de 1948), que dejaba supletoriamente vigentes los pactos de 6 de marzo de 1947, sólo que ahora el representante del poder nativo era el general Nguyen-Van-Xuan y no Ho-Chinh-Minh. Vencida la repugnancia del ex emperador Bao-Dai a volver a la vida política, el 8 de marzo de 1949 firmaba Francia un acuerdo completado por otro en 19 de junio siguiente en los que se delinea bien el tipo ideal de «Estado Asociado» en

la Unión Francesa. Un Estado —posiblemente federalizado— que posee Parlamento, Gobierno y Administración propia, incluso su Ejército con oficiales propios e instructores franceses, al lado de las guarniciones francesas de ciertas bases permanentes (en caso de guerra el mando común se ejercerá por un francés), y una diplomacia propia (de momento limitada a los Estados vecinos y al Vaticano). Francia suministrará consejeros técnicos al Viet-Nam, que respetará las propiedades y los establecimientos culturales franceses. No se habla ya de Federación indochina, pero no se la excluye, porque quedan ciertos vínculos comunes a los países indochinos que la preparan: la moneda —la piastra—, el Banco, las aduanas y ciertos servicios, como los de enseñanza superior, más las comunicaciones. Para completar estos pactos, Francia, por medio de una Asamblea elegida en Cochinchina, ha hecho votar la unión de esta antigua colonia al Viet-Nam —con ciertas reservas—, en lugar de clasificarla como «departamento de Ultramar». Lo que resulta curioso es el papel del ex emperador. Como se ve, la evolución francesa revela dos cosas: que la cuarta República aún conserva, cuando quiere, la *sagesse* y la *souplesse* que calificaron antaño la diplomacia gala, y que su potencia en Extremo Oriente subsiste; en materia de concesiones coloniales, la generosidad sin la fuerza se suele interpretar como debilidad. Ahora bien: ¿qué pasará cuando el Yun-Nan sea una provincia comunista más? La vuelta al régimen de los territorios «fronterizos militares» no sería tranquilizadora.

Más lejos quedan las dos Coreas, la soviética y la americana, tan incompatibles como las dos Alemanias, pero menos frenadas por sus mentores. Y, al otro extremo de Asia, el bullidero ex colonial del Oriente Arabe, donde la aparición del Estado de Israel incrustado en su centro por la victoria militar y el apoyo de capitalistas y comunistas, indica todo menos tranquilidad y estabilidad. A pesar de los sucesivos armisticios, los incidentes más o menos armados y el *impasse* de las negociaciones de Lausana —bajo la mediación de la O. N. U.— son bastante elocuentes. Ni Israel quiere admitir a los refugiados árabes —salvo la recepción de Gaza como compensación—, ni quiere que se internacionalice Jerusalén —cuya parte nueva ya ha incorporado—, ni considera definitivas las fronteras del armisticio, de hecho muy favorables. La anima en su intransigencia su enorme poder dentro de los Estados que se llaman cristianos,

donde sus connacionales dominan a figuras y asambleas, y la desunión árabe, agravada después del golpe de Husni Zaim por la tirantéz de Siria con Jordania, Irak y Líbano.

Mucho blanco ofrece para la crítica la actividad colonial de la O. N. U., pero no resulta mejor que la Unión Panamericana o, como se dice ahora, Interamericana. Todo el mundo estaba pendiente de las decisiones de la Conferencia de La Habana, destinada a preparar la resolución de la situación de los territorios americanos *ocupados* por países extracontinentales o que constituyan colonias de ellos (mucha menos gente ha prestado, en cambio, atención al II Congreso Indigenista Americano, reunido en junio en Cuzco). Pero también todo el mundo podía adivinar que las resoluciones que se adoptaran no expulsaría a los europeos de América, porque son europeos «democráticos», en realidad amigos y protegidos de los Estados Unidos, cuyo monroviánismo es desigual y sólo funciona cuando conviene a Washington, no a los iberoamericanos. Por de pronto, Chile anticipó su criterio de desinterés por estimar que su asunto de la Antártida no era *colonial*; los Estados Unidos se abstuvieron (y prácticamente *boycotearon* la Conferencia) desde que ésta consideró a medias que el sangrante caso de Puerto Rico entraba en su competencia. México y Guatemala riñeron sobre sus derechos en Belice, olvidando que «il faut tuer l'ours avant de se partager la peau». Brasil también se abstuvo, porque espera con paciencia obtener un trozo de la Guayana por vía pacífica en un futuro incierto. En el curso de la Conferencia las subcomisiones de Iniciativas, Normas, Colonias y Ocupaciones han escuchado innumerables discursos y debatido importantes textos. Así un proyecto sobre tutela de las Antillas menores por sus vecinas mayores. Otro relativo a Puerto Rico, que fué «suspendido» hasta conocer la opinión de la Organización de Estados Americanos, pretendiendo paliar el disgusto yanqui con el rechazo de la presencia de observadores de las entidades interesadas. Esta presencia había sido pedida a nombre del partido laborista del Caribe, que capitanea el jamaicano David S. Mathew y en el del partido independentista de Puerto Rico, que dirige Gilberto S. de Gracia. En cambio, el Gobierno local de Puerto Rico, encabezado por el colaboracionista Luis Muñoz Marín, se consideró ofendido porque Puerto Rico fuera clasificado como colonia. También ha protestado la Asociación Cultural de las Antillas

británicas. Cuba propuso que en una reunión de cancilleres se estudie un proyecto que confirme los acuerdos de 1940. También se acordó estudiar la situación en cada colonia y presentar un «rapport» a la primera Conferencia que se celebre... En definitiva, la Conferencia no pasó de los discursos y de los estudios. Si hubiera sido España poseedora de dependencias americanas otra cosa habiéramos visto; pero la susceptibilidad de ciertas figuras es muy desigual.

Más prácticas son otras intenciones, como las manifestadas por el presidente Truman al desarrollar el famoso «punto IV» de su primer discurso como presidente reelecto: ha pedido al Congreso cuarenta y cinco millones de dólares para *estructurar económicamente* a las regiones atrasadas mediante aportaciones técnicas, científicas y administrativas, artículos de maquinaria, equipos y apoyo económico para crear empresas productoras. El Banco Internacional de Exportación e Importación facilitará la ayuda que falte de capital, según el presidente, que en su mensaje al Congreso el 25 de junio reveló la existencia de negociaciones privadas para proteger a los inversionistas americanos, y añadió que, por su parte, los países beneficiarios tendrán que contribuir con una buena parte.

Sin esperar a la conclusión de ese plan general todas las partes afectadas se esfuerzan para que el Tío Sam no los substituya en su patronazgo económico cerca de sus dependencias. Incluso la pequeña Dinamarca ha empezado a industrializar a Groenlandia, su última y única colonia. Igual sucede en los países africanos: en la Conferencia de Annecy, Sud-Africa y Sud-Rodesia han estudiado su unión aduanera; la federación política de las dos Rodesias y Niassa se ha estudiado en la Conferencia de Victoria Falls. Hasta Italia ha negociado con Inglaterra el desbloqueo de un crédito de 60 millones de libras para invertirlo en Africa. Dos expertos yanquis, el doctor Fred J. Bradley y Henry M. Stager, de la E. C. A., han planeado un plan para el Africa negra.

Conchuiremos esta crónica con un dato lejano. La Conferencia de los Mares del Sur, celebrada en mayo en Numea (Nueva Caledonia), con intervención de Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Francia y Holanda, ha acordado elegir un miembro permanente para ocuparse del desenvolvimiento social de los isleños del Pacífico, estableciendo servicios en varios edificios de Numea. Es de señalar en

estos mares el pase de Guam del régimen de Gobierno naval a una administración civil a los cincuenta años de dominio yanqui.

Cerramos, pues, nuestra Crónica como la abrimos: bajo el signo de la confusión. Que para Rusia no lo es, por cuanto es una potencia no colonial, que mediante un golpe de pluma ha resuelto su problema colonial, declarándolo suprimido. Ejemplo apetecido, pero no seguido por los vacilantes países occidentales que necesitan acudir a fórmulas más complicadas de confusión para justificarse ante sí y ante los demás países.

«Como supervivencia de la diplomacia clásica, es decir, directa y secreta, merecen citarse las conversaciones anglo-francesas sobre temas africanos y del Próximo Oriente, tales como la suerte de las colonias italianas, Palestina y sus vecinos, el Canal de Suez y el comercio con los Estados árabes.»

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES